

¡EL MOVIMIENTO SINDICAL ESTADOUNIDENSE HA MUERTO! ¡VIVA EL MOVIMIENTO SINDICAL ESTADOUNIDENSE!

Tras la crisis financiera del 2008 y la elección posterior de Barack Obama como presidente de Estados Unidos, floreció la esperanza de que el nuevo ambiente político y económico contribuyese a fomentar el resurgir del moribundo movimiento sindical del país. Durante la campaña electoral Obama expresó en repetidas ocasiones su simpatía por los trabajadores y sus sindicatos, y en correspondencia, las organizaciones sindicales apoyaron su candidatura, no sólo aportando importantes recursos económicos, sino también utilizando su capacidad de movilización para llevar a los miembros de los sindicatos y a sus familias a las urnas.

En un gesto de reconocimiento, al poco tiempo de tomar posesión Obama recibió a los líderes sindicales en la Casa Blanca, que los había excluido durante casi una década. Asimismo, nombró a funcionarios afines al movimiento sindical organizado para ocupar puestos claves del gobierno. El mismo día que accedió a la presidencia nombró a Wilma Liebman, miembro de la Junta Nacional de Relaciones Laborales (NLRB o *National Labor Relations Board*), originalmente elegida por el entonces presidente Clinton, directora del organismo¹. A Liebman no tardaron en seguirla otros dos miembros afines al NLRB, nombrados a pesar de las tenaces objeciones de los grupos de presión financieros y de los republicanos del Congreso. Obama eligió como ministra de Trabajo a la congresista Hilda Solis, cuyo padre, de origen mexicano, había sido enlace sindical y tenía un amplio currículum de apoyo a los sindicatos. Solis, primera latina elegida senadora del estado de California, lideró las reclamaciones de subida del salario mínimo del estado y siguió defendiendo cuestiones sindicales tras ser elegida para el Congreso. Otras personas vinculadas a los sindicatos pasaron a ocupar puestos de responsabilidad en la Casa

Recibido 24-IX-11

Versión final 2-XI-11

* Ruth Milkman, Department of Sociology, CUNY Graduate Center, 365 Fifth Avenue, New York, NY 10016-4309 USA. rmilkman@gc.cuny.edu

¹ La NLRB supervisa las elecciones a representantes sindicales y regula otras disposiciones de la Ley Nacional de Relaciones Laborales (NLRA) de 1935, que sigue siendo la ley sindical básica del país.

Blanca. Y el programa de reforma del sistema sanitario de Obama, punto legislativo esencial de su primer año como presidente, benefició a los trabajadores y a sus familias, aunque menos de lo que las amplias propuestas de atención sanitaria que el movimiento sindical organizado y otras entidades habían previsto que se haría.

Sin embargo, los sindicatos y sus afiliados esperaban mucho más de Obama. Muchos sindicalistas confiaban en que se aprobase la Ley de Libre Elección para los Empleados (EFCA), una revisión de la NLRA que había figurado entre las prioridades del programa legislativo de la Federación Norteamericana del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) durante años y que por fin tenía posibilidades de convertirse en ley cuando los demócratas ganaron las elecciones de 2008. Los defensores de la EFCA sostenían que permitiría a los sindicatos captar con mayor facilidad a trabajadores no afiliados (aunque desde el principio los disidentes del movimiento sindical la consideraron una reforma deseable pero insuficiente). La EFCA no obtuvo los 60 votos necesarios en el Senado estadounidense, en parte por el inoportuno fallecimiento en agosto de 2009 del senador Edward Kennedy, defensor a ultranza de la ley.

Como otros muchos que lo apoyaron en las elecciones del 2008, los líderes sindicales y los activistas de base se sintieron profundamente decepcionados con el fracaso de Obama a la hora de presentar políticas económicas audaces que subsanasen las crisis parejas del desempleo y las hipotecas. Por cierto, los congresistas republicanos obstaculizaron los empeños de Obama de aprobar legislación bastante moderada, aunque muchos se lamenten de que Obama no ha defendido sus programas con suficiente agresividad y se han apresurado a congraciarse con sus oponentes. Mientras tanto, la anémica recuperación económica dejó la tasa oficial de paro rozando el 10 por ciento, junto a un amplio espectro de subempleo y desempleo oculto. Millones de personas han perdido sus casas, y otras muchas se enfrentan a la ejecución de sus hipotecas, una triste realidad que contrasta estrepitosamente con el rescate por parte del gobierno de los titanes financieros que desencadenaron la crisis inmobiliaria. Y el crecimiento a largo plazo de las desigualdades de riqueza e ingresos –en gran parte producto de la desmovilización sindical (WESTERN y ROSENFELD 2011)– continúa imparable, alcanzando cotas que no se habían visto en Estados Unidos desde hace casi un siglo.

A finales de 2008 resultaba tentador establecer paralelismos con la década de 1930, cuando la crisis económica y el ascenso político de los demócratas del New Deal contribuyeron al resurgir del sindicalismo en Estados Unidos. Pero los líderes sindicales estadounidenses que podían aprovechar la ocasión para reconstruir el movimiento al socaire de la dramática situación de 2008 se dispersaron sumiéndose en una fratricida guerra sindical interna. A principios de 2009 el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios (*Service Employees International Union* o SEIU), uno de los más grandes del país, que ha crecido vertiginosamente desde los años ochenta, desafiando el impulso gravitatorio general que había minado la afiliación sindical en ese periodo, cayó en intensos debates internos. Al mismo tiempo, el SEIU emprendió un ácido enfrentamiento con otros sindicatos que se habían unido a él en los años anteriores, tras abandonar la AFL-CIO para constituir la federación rival Cambiar para Ganar (*Change to Win* o CTW).

Mientras tanto, los líderes de la AFL-CIO concentraron sus energías en el quijotesco empeño de conseguir la aprobación de la EFCA.

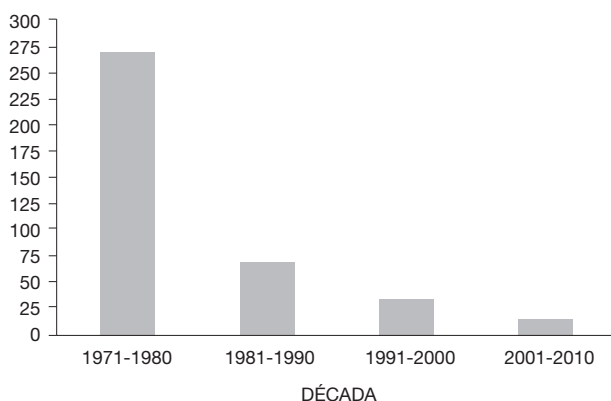
Pero lo peor estaba por venir. Tras las elecciones de mitad de legislatura de 2010, que no sólo dieron la victoria a los republicanos en el Congreso sino también en los estados y a nivel local, los nuevos gobernadores republicanos de Wisconsin, Ohio y otros estados emprendieron una sistemática persecución sin precedentes contra los derechos de negociación colectiva de los funcionarios de dichos estados. Se atacó el único bastión de resistencia sindical, el sindicalismo del sector público que, entre otras cosas, había funcionado como generosísima fuente de financiación de la campaña de los demócratas en las últimas elecciones. Esta iniciativa de derechas, cuidadosamente orquestada, cogió por sorpresa a la mayoría de los líderes sindicales y amenazó con quebrar de raíz la época en la que habían prosperado los sindicatos del sector público, cuando la patronal antisindical de las grandes empresas estaba desmantelando y disgregando sus equivalentes del sector privado. A pesar de la contundente reacción de los trabajadores de Wisconsin y de sus partidarios y de movilizaciones similares en otros estados, estos hechos pusieron a la defensiva a los sindicatos del sector público, que ya sufrían presiones tras las políticas de austeridad dictadas a partir de 2008. Las derrotas sufridas tardarían, en el mejor de los casos, años en superarse.

Anatomía de la decadencia de los sindicatos estadounidenses

En retrospectiva, era ingenuo creer que la crisis económica o el resultado electoral de 2008 pudiesen revertir el largo proceso de decadencia de los sindicatos. La crisis del movimiento sindical estadounidense es tan profunda y estructural que no la habría frenado ni siquiera una administración Obama más agresiva. La NLRB y otras instituciones creadas en los años del New Deal llevaban mucho tiempo dominadas por los intereses patronales y ya no funcionaban. Precisamente eso fue lo que motivó la propuesta de reforma de la EFCA en primer término; pero aunque se hubiese convertido en ley, los resultados habrían sido más acumulativos que transformadores. En la actualidad, a pesar de los nombramientos progresistas de Obama para la NLRB, la vía electoral de la representación sindical sigue bloqueada; los empresarios, ante las campañas electorales de la NLRB, contratan sistemáticamente «asesores» antisindicales que contribuyen, de forma muy eficaz, a «evitar» la sindicalización valiéndose en la mayoría de los casos de tácticas dilatorias y de la obstrucción sistemática.

En los últimos años los proyectos de organización sindical con resultados positivos se han desmarcado totalmente de la NLRB para buscar la aceptación del empresario, pero esta postura se enfrenta a una oposición cada vez más eficaz de la patronal. Como se ve en la Gráfica 1, las tasas de huelga han caído radicalmente en tiempos recientes; las huelgas son defensivas, enfrentamientos provocados por el empresario para debilitar a los sindicatos descontando grandes «recortes» de las ganancias de contratos anteriores.

Gráfica 1. Promedio anual de huelgas de gran alcance en Estados Unidos, 1971-2010, por décadas



Fuente: Estadísticas del Ministerio de Trabajo de Estados Unidos: [<http://www.bls.gov/news.release/pdf/wkstp.pdf>].

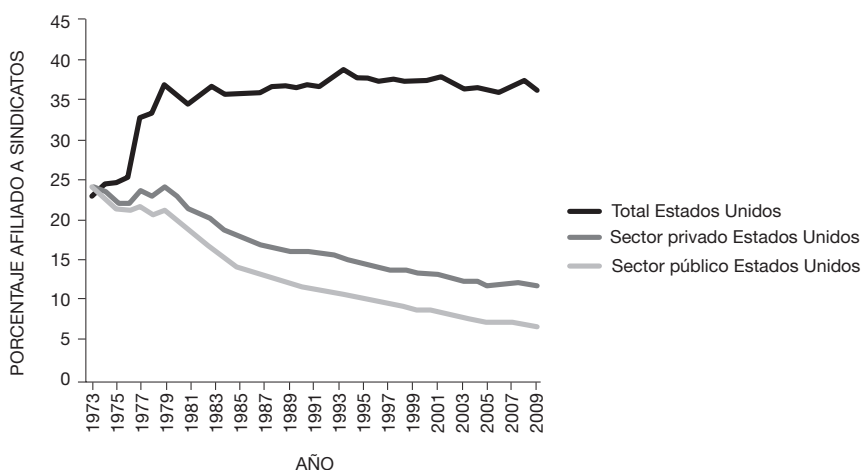
Ante este panorama, en vez de cambiar de actitud en la era Obama, la densidad sindical en el sector privado ha continuado descendiendo, como demuestra la Gráfica 2. En el año 2010 sólo el 6,9 por ciento de los trabajadores asalariados del sector privado estadounidense pertenecían a un sindicato, la tasa más baja desde la década de 1920. En el sector público la densidad sindical es mucho mayor (36,2 por ciento en 2010) y se mantiene estable desde hace décadas (véase Gráfica 2). Pero el hueco entre las tasas de afiliación sindical de los sectores público y privado se ha ido ensanchando de forma constante, y como el sector público acoge a una parte relativamente pequeña de la mano de obra total, la afiliación sindical general ha caído a la par que la desvinculación sindical del sector privado.

Continúa siendo válido lo que Taylor Dark (2001) señaló hace una década: la influencia política del movimiento sindical organizado es mucho mayor de lo que cabría esperar observando sólo los datos de afiliación. Los sindicatos siguen siendo una de las principales fuentes de financiación de las campañas electorales de los demócratas y su capacidad para movilizar a los electores es enorme en ciertas zonas del país. Ese hecho provocó los ataques contra el sindicalismo dentro del sector público en el año 2010. Pero aunque no hubiese esos ataques, como la afiliación sindical ha decaído, el peso político de los sindicatos se deteriora sin remisión.

Los cambios en la mano de obra y la demografía de los afiliados a los sindicatos

El tamaño, el poder y la influencia del movimiento sindical estadounidense alcanzaron el punto culminante a mediados del siglo xx, cuando la fabricación de productos en masa constituía el eje dinámico de la econo-

Gráfica 2. Densidad sindical en Estados Unidos, por sectores, 1973-2010

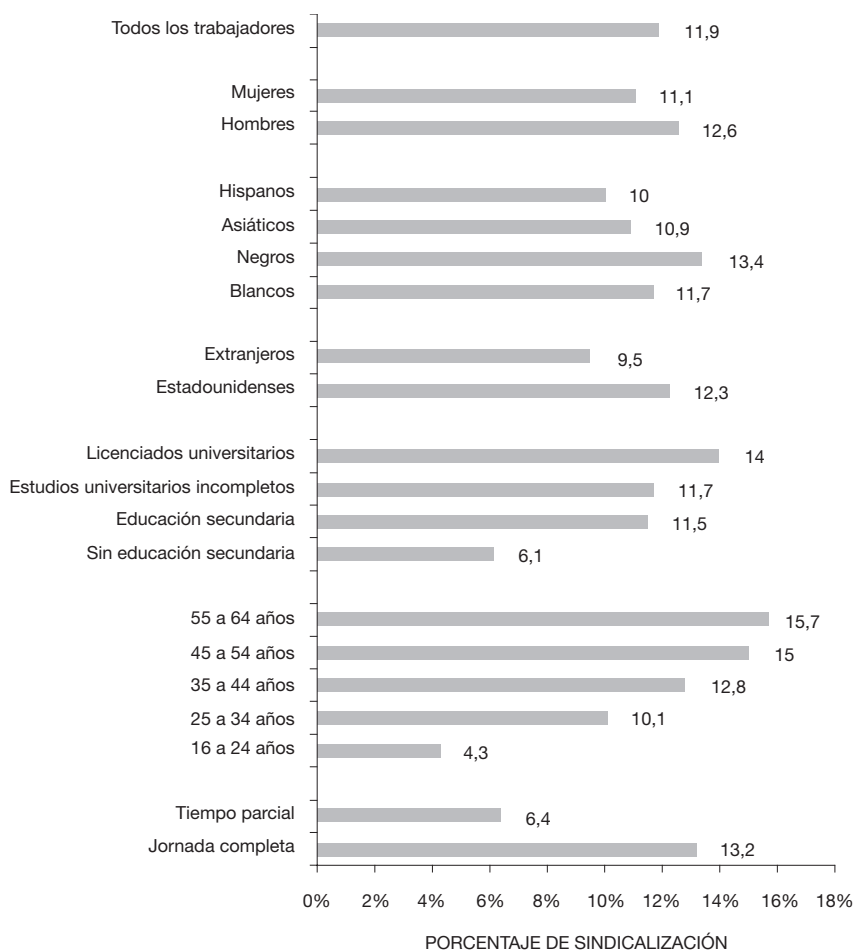


Fuente: Datos de la Encuesta de Población de Estados Unidos, procedentes de [www.unionstats.com].

mía del país. La densidad sindical comenzó a deteriorarse a finales de los años cincuenta, aunque la tendencia descendente se aceleró a mediados de la década de 1970, cuando la desregulación y la desindustrialización se asociaron a las estrategias antisindicales de la patronal para provocar la caída de la afiliación. Los sindicatos de la industria manufacturera, centro vital del movimiento sindical del New Deal, se vieron afectados de forma especial. No sólo las manufacturas exigían menos mano de obra debido a las nuevas tecnologías, sino que los trabajos se externalizaron progresivamente a otros países. De forma simultánea, tanto en el creciente sector servicios como en otros, las formas estables de empleo en las que se había apoyado el sindicalismo de mediados de siglo fueron sistemáticamente desmanteladas, puesto que los empresarios del sector privado externalizaron los riesgos y recuperaron prácticas de principios del siglo xx, como la subcontratación, esforzándose al máximo por recortar los costes laborales mientras la desregulación fomentaba nuevas manifestaciones de competencia salvaje. La explotación de los trabajadores, prácticamente extinguida durante el apogeo del New Deal, resurgió con fuerza junto a lo que se denomina «trabajo precario». Ambos aspectos recuperaron prácticas que resultarían familiares a los trabajadores de hace un siglo y cuadraban mal con las estructuras sindicales que habían arraigado a mediados del siglo xx. La estabilidad laboral sólo sobrevivió en el sector público, reforzada por el crecimiento del sindicalismo en dicho sector en los años sesenta y setenta.

Al mismo tiempo, dos hechos esenciales alteraron radicalmente la composición de la mano de obra. El primero fue la gran expansión de la mano de obra femenina, que empezó a principios del siglo xx y se aceleró muchísimo en los años setenta. Las mujeres entraron en masa en las nuevas industrias de servicios y en el sector público. El segundo fue el

Gráfica 3. Tasas de sindicación por grupos demográficos concretos en Estados Unidos, 2010



Fuente: Hirsch y Macpherson, 2011 [<http://www.bls.gov/news.release/pdf/union2.pdf>].

flujo de inmigración a Estados Unidos desde América Latina, Asia y África, en sí parte de la extensión mundial de la inmigración, acelerado tras la aprobación de una nueva ley de inmigración estadounidense en 1965. Los inmigrantes de clase media ocuparon puestos profesionales, mientras que la gran mayoría con escasos recursos y una educación formal limitada nutrieron el floreciente sector de salarios bajos.

Estas dos transformaciones de la mano de obra también afectaron a la demografía de los afiliados a los sindicatos. Mientras que en el punto álgido de mediados del siglo xx los hombres blancos nacidos en Estados Unidos sin estudios universitarios constituían la mayoría de las bases de los sindicatos, en la actualidad la imagen es muy distinta, como muestra

la Gráfica 3. El otrora enorme hueco de género en las tasas de afiliación sindical casi ha desaparecido; los trabajadores negros se afilian más que los blancos, y la tasa de sindicalización de los inmigrantes casi roza la de los naturales de Estados Unidos. Los licenciados universitarios tienden a afiliarse más que los trabajadores con menor educación, y los que no han concluido la educación secundaria son los menos representados en las filas sindicales. Las tasas de sindicación son muy bajas entre los trabajadores jóvenes, lo cual refleja el limitado alcance de la organización sindical en los últimos años y, sobre todo, la falta de afiliación en los sectores económicos en expansión en los que se concentran quienes acceden por primera vez al mercado de trabajo. Por otro lado, como los trabajos con representación sindical por lo general ofrecen salarios más altos y más estabilidad, la rotación en ellos es baja, lo cual refuerza la probabilidad de que sean ocupados por trabajadores de más edad que la media.

Dado el sistema de relaciones industriales del «ganador lo lleva todo» que existe en Estados Unidos, el deseo de los trabajadores de ser (o no ser) miembros de un sindicato –bien a título individual o dentro de los diferentes grupos demográficos que se muestran en la Gráfica 3– no siempre se corresponde con las verdaderas tasas de sindicación. En el contexto estadounidense los sindicatos o bien representan a todos los trabajadores de un trabajo concreto (o a veces, como en la industria de la construcción, de un mercado laboral local o regional) o a ninguno. Y un detalle muy importante, los trabajadores individuales casi nunca tienen ocasión de tomar decisiones independientes sobre su afiliación². La sindicalización se produce cuando lugares de trabajo entero se organizan, bien a través del voto mayoritario en una elección supervisada por el gobierno o bien cuando el sindicato obtiene el reconocimiento directo del empresario.

El hecho de que una proporción relativamente pequeña de la afiliación sindical global sea producto de la reciente organización significa que el determinante primario que lleva a un trabajador concreto a afiliarse *no* son sus actitudes o preferencias con respecto a los sindicatos, sino que su lugar de trabajo se haya organizado en algún momento, casi siempre en un pasado lejano. Los trabajadores sindicados son más proclives a expresar actitudes favorables a los sindicatos, pero más que una causa, es una consecuencia de la afiliación sindical (véase FREEMAN y ROGERS, 1999).

Por otro lado, la mayoría de los grupos demográficos están desigualmente distribuidos en el mercado laboral, y las tasas de afiliación sindical reflejan esas desigualdades. Y así, el nivel de sindicación relativamente alto entre los trabajadores negros se debe a su elevada representación en el sector público, el único factor de la mano de obra en el que ha crecido el sindicalismo. Por el contrario, la baja representación de extranjeros en el sector público explica que su nivel de sindicación sea inferior al de los trabajadores nacidos en Estados Unidos. Las mujeres trabajadoras también tienen una amplia representación en el sector público, lo cual explica que se haya atenuado el hueco de género en la afiliación sindical.

² En ciertos casos en los que hay un sindicato, los trabajadores pueden elegir ser o no miembros del mismo. Sin embargo, la situación contraria casi nunca se produce: si *no* hay presencia sindical, como en la mayoría de los trabajos del sector privado estadounidense en la actualidad, los trabajadores por su cuenta *no pueden* afiliarse a un sindicato.

Género y sindicalismo

El género nos ofrece una interesante visión sobre la reconfiguración de la afiliación a los sindicatos estadounidenses. Como muestra la Tabla 1, el profesorado, el personal sanitario y de otros campos dominados por mujeres (la mayoría en el sector público) suponen una proporción de afiliación sindical total mucho mayor que la anterior, dominada por el sector privado y por obreros de fábricas y de la construcción de forma abrumadora.

A pesar de los avances en igualdad de género en la sociedad en general, tanto el mercado del trabajo como la afiliación sindical siguen segregados por razón de sexo. Las empresas de construcción, de transportes, los servicios de protección, y muchos sindicatos relacionados con la industria aglutinan a hombres; en contraste, los sindicatos que representan a profesores, enfermeras y otros profesionales sanitarios y los sindicatos de cuello blanco son predominantemente femeninos. Hasta cierto punto este modelo refleja la división entre el sindicalismo del sector público y el privado, pero hay excepciones llamativas: muchos hombres que trabajan en servicios de protección (policía y bomberos) y en los transportes pertenecen al sector público; del mismo modo, gran número de mujeres sindicadas desempeñan trabajos de asistencia sanitaria en el sector privado. Sin embargo, los sindicatos del sector privado siguen dominados mayoritariamente por hombres, sobre todo la construcción y las manufacturas, primeros bastiones del trabajo organizado.

Tabla 1. Composición de los afiliados a sindicatos en Estados Unidos, con distinción de categorías dominadas por hombres y mujeres, 2010

<i>Categoría laboral</i>	<i>Porcentaje de afiliación sindical total en 2010</i>	<i>Porcentaje de mujeres (de todas las categorías laborales)</i>
<i>Categorías con predominio de mujeres</i>		
Educación, enseñanza y bibliotecas	21,1	73
Enfermeras y otras profesionales sanitarias	6,5	78
Ocupaciones de auxiliares sanitarios	1,8	89
Tareas de oficina y administrativas	11,5	73
<i>Subtotal</i>	41,0	
<i>Categorías con predominio de hombres</i>		
Ocupaciones productivas	7,8	28
Construcción y extracción	7,1	2
Instalaciones, mantenimiento y reparaciones	4,9	4
Transporte y traslado de material	8,9	15
Servicios de protección	7,6	22
<i>Subtotal</i>	36,3	
<i>Otras categorías laborales</i>	22,7	

Fuente: Cifras de la autora a partir de datos de Hirsh y Macpherson, 2011, Cuadro 8a.

La iconografía cultural del movimiento sindical, con sus nostálgicas imágenes de cascos y monos azules y de trabajadores fabriles, refleja más el legado histórico del movimiento que la situación actual. Los cambios drásticos registrados en el pasado medio siglo en la demografía de los afiliados a los sindicatos están empezando a influir ahora en la cultura y las prácticas del movimiento sindical. Los cambios topan con obstáculos porque el movimiento sindical se ha reducido, en vez de extenderse. Hay pocos puestos de liderazgo vacíos en un momento de decadencia, y por ello los líderes sindicales representan casi siempre la demografía del pasado más que la actual. No obstante, los líderes de «Voz Nueva» (*New Voice*) que alentaron la elección de John Sweeney a la AFL-CIO en 1995 hicieron grandes esfuerzos por incluir mujeres (y gente de color) en la cumbre. Diez años después, cuando se constituyó la Federación Cambiar para Ganar, su representante principal fue una mujer (aunque ya no lo es); también el SEIU tiene una presidenta. En este contexto hay que subrayar que los recientes ataques contra trabajadores del sector público se centran en los docentes y otras ocupaciones dominadas por mujeres, en muchos casos de forma explícita, exceptuando los cuerpos de policía y bomberos, abrumadoramente masculinos.

El crecimiento futuro del sindicalismo en el sector público tendrá que afrontar la realidad de que las mujeres suponen la mitad de la mano de obra de Estados Unidos. Los sindicatos han de abordar «cuestiones de mujeres», como la igualdad salarial, el cuidado de los hijos y el permiso familiar. Los sindicatos del sector público ya han empezado a hacerlo en los últimos años, pero el sector privado (en el que menos del 7 por ciento de las trabajadoras están afiliadas a un sindicato) va muy rezagado.

Trabajadores inmigrantes y el futuro del movimiento sindical estadounidense

Los sindicatos estadounidenses tienen en estima creciente el potencial de los trabajadores inmigrantes que perciben salarios bajos como fuerza revitalizadora del movimiento sindical, y en las últimas décadas han adoptado nuevas formas organizativas implantadas por los propios inmigrantes. La organización de los trabajadores inmigrantes, que despegó a finales de los años ochenta y continuó hasta la década del 2000, contribuyó al resurgir de la actividad sindical en sectores y regiones clave, aunque se ha estancado desde la crisis económica del año 2008. No sólo el derrumbamiento de la industria de la construcción estadounidense, provocado por la crisis financiera, dejó sin trabajo a gran número de inmigrantes en uno de los sectores privados en los que las iniciativas organizativas eran más abundantes. También hay que contar con que la administración Obama, a pesar de las promesas de la campaña electoral de realizar una completa reforma de la política inmigratoria, no cumplió lo prometido, sino que por el contrario deportó a un número inaudito de inmigrantes indocumentados e intensificó el cumplimiento de la legislación inmigrato-

ría vinculada al puesto de trabajo. Mientras tanto, la elevada tasa de paro ha hecho que muchos trabajadores nacidos en Estados Unidos muestren menos comprensión ante las dificultades de los inmigrantes.

No obstante, la organización de los inmigrantes continúa, no sólo en los sindicatos tradicionales, sino también en los «centros de trabajadores» que surgieron a principios de los años ochenta y en otras organizaciones comunitarias. Estas iniciativas son de las pocas con perspectivas de futuro para el movimiento sindical. Los inmigrantes con sueldos bajos –concentrados en la escala inferior del mercado de trabajo, donde los salarios son escasos, el empleo precario, se cometen flagrantes violaciones de las leyes laborales básicas y las normas son agobiantes– han emprendido una serie de actividades para mejorar su situación. Los inmigrantes, que en generaciones anteriores jugaron un papel fundamental en el movimiento sindical estadounidense, llegan a Estados Unidos con el afán de mejorar su posición económica; por tanto, ése es el motivo principal de que emigren. Y en consecuencia, son más receptivos ante las medidas organizativas que los naturales de Estados Unidos.

El nuevo activismo laboral de los inmigrantes presenta tres tendencias muy claras. La primera es el sindicalismo clásico. A principios de la década de 1980 el SEIU y otros sindicatos comenzaron a reclutar inmigrantes latinos empleados en trabajos escasamente retribuidos de conserjería, comercio minorista y hostelería, y en menor medida en la construcción y la industria. El ejemplo más conocido es la campaña del SEIU «Justicia para los Porteros», pero hay muchos más (véase MILKMAN, 2006). Como se ve en la Gráfica 3, el nivel de sindicalización de los inmigrantes no va muy a la zaga de los trabajadores nacidos en Estados Unidos. En el año 2000 la AFL-CIO cambió su tradicional apoyo a las restricciones inmigratorias y adoptó una nueva política favorable a los derechos de los inmigrantes y a la legalización de los indocumentados; en la actualidad, prácticamente todos los sindicatos de Estados Unidos defienden los derechos de los inmigrantes, al menos en teoría.

Junto a la tradicional organización sindical, los trabajadores inmigrantes de salarios bajos han recibido la atención de las ONGs centradas en el mundo del trabajo, conocidas en Estados Unidos con el nombre de «centros de trabajadores» (véanse GORDON, 2005; FINE, 2006; MILKMAN *et al.*, 2010). Estas organizaciones se han fijado en ocupaciones temporales en las que las formas tradicionales de sindicación son difíciles de establecer, como ocurre con el trabajo a jornal o el trabajo doméstico; las industrias descentralizadas que los sindicatos abandonaron hace tiempo, como la confección de ropa o los restaurantes; y los trabajadores legalmente excluidos de la sindicación porque se clasifican como autónomos o «empresarios independientes», caso de los taxistas. Algunos centros de trabajadores se centran en ocupaciones concretas, mientras que otros trabajan sobre la base de identidades étnicas o nacionales. A diferencia de la mayoría de los sindicatos, los centros de trabajadores no sólo abordan las cuestiones relacionadas con el centro de trabajo, sino también las necesidades sociales de los trabajadores con sueldos bajos, como la vivienda y la educación.

El tercer punto del activismo sindical inmigrante es el movimiento de los derechos de los inmigrantes que tomó forma en los años noventa y

saltó a la palestra en el año 2006, cuando millones de inmigrantes se manifestaron públicamente para protestar contra un draconiano proyecto de restricción a la inmigración que estaba estudiando el Congreso de Estados Unidos. Aunque utiliza el lenguaje de los derechos humanos y civiles y cuenta con el apoyo de una amplia coalición de iglesias, organizaciones étnicas y grupos comunitarios, los temas laborales son esenciales en la agenda de este movimiento. La gran mayoría de inmigrantes sin autorización a los que defiende son trabajadores con salarios bajos o tienen vínculos familiares con ellos, y el objetivo del movimiento es conseguir para ellos estatus legal y eliminar así la principal barrera que se opone a la mejora de sus oportunidades laborales y sus condiciones de trabajo.

Los sindicatos que representan a trabajadores inmigrantes, los centros de trabajadores y los grupos defensores de los derechos de los inmigrantes han centrado sus esfuerzos en los más desfavorecidos, un sector que aglutina a millones de trabajadores extranjeros sin papeles, en su mayoría procedentes de México y América Central, que ocupan la escala inferior del mercado de trabajo y cobran salarios ínfimos. Estos trabajadores son especialmente vulnerables a los abusos del patrono, como pagar salarios por debajo del mínimo legal y otras formas de «robo salarial» comunes en los últimos años (véanse BERNHARDT *et al.*, 2009; BOBO, 2009). Dichos abusos, cuando violan leyes muy arraigadas, encienden la chispa de la protesta popular. Por otro lado, frente a los miembros de los sindicatos mejor pagados, cuyas pensiones y otros beneficios envidian los trabajadores no sindicados, los inmigrantes más esforzados (con permiso de trabajo o no) que sufren una explotación injusta ganan enseguida el apoyo y la comprensión general.

Hay tensiones entre estas tendencias del movimiento sindical inmigrante. Los líderes de los centros de trabajadores se muestran a veces ambivalentes e incluso hostiles con los sindicatos tradicionales, a los que consideran no sólo mal preparados para afrontar el reto de organizar a los trabajadores inmigrantes que cobran salarios bajos, sino también demasiado burocráticos e inflexibles. Y algunos líderes sindicales dudan en principio de la eficacia de los centros de trabajadores, con sus recursos limitados y sus estructuras organizativas poco convencionales. Sin embargo, los centros de trabajadores y los sindicatos se han ido aproximando en los últimos años, y se han involucrado activamente en el movimiento a favor de los derechos de los inmigrantes. Los líderes sindicales aprecian cada vez más las sinergias entre sus propios esfuerzos y los de los centros de trabajadores, y muchos entienden que el futuro del movimiento sindical pasa por la sindicación de los inmigrantes en todas sus formas.

Conclusión

En los últimos años la afiliación sindical en Estados Unidos se ha reducido drásticamente, hasta niveles anteriores al New Deal. Los sindicatos de la industria y el transporte, muy poderosos en otros tiempos, han quedado reducidos a sombras de sí mismos, en medio de guerras defensivas y de la lucha por la supervivencia. En la actualidad también los sindicatos

de sectores públicos se ven obligados a adoptar actitudes defensivas, sumidos en luchas de incierto resultado. En el sector privado los mayores éxitos se han limitado a la sanidad y la asistencia social, que abarcan a enfermeras y otras profesionales de la sanidad, al igual que las industrias de servicios vinculadas a un lugar concreto que emplean a inmigrantes con salarios bajos.

Enfrentados a perspectivas cada vez peores, los líderes del movimiento sindical organizado se han ido abriendo a nuevas ideas. El presidente del AFL-CIO, Richard Trumka, ha cuestionado públicamente la prudencia de una alianza duradera con el Partido Demócrata, lo cual refleja la frustración por no haber logrado la promulgación de la EFCA y otras decepciones de la era Obama. El AFL-CIO ha apoyado el recién constituido Congreso de Trabajadores Excluidos, una red de centros de trabajadores, y otros proyectos orientados a los inmigrantes que se han formado al margen del marco convencional del sindicalismo.

Tanto la SEIU como la AFL-CIO, reconociendo implícitamente el aislamiento de los sindicatos de la sociedad extensa, se han volcado cada vez más en los proyectos de tipo comunitario, apartándose de su tradicional proyecto de reclutamiento según puestos de trabajo. La SEIU lanzó su campaña de «Lucha por una Economía Justa» a principios de 2011, que incluía campañas puerta a puerta en barrios pobres y de minorías urbanas de todo el país; el programa de Trabajar en América de la AFL-CIO, iniciado en el 2003, inscribe a trabajadores no sindicados que se movilizan para cuestiones esenciales y proyectos de dinamización de votantes. A nivel local muchos sindicatos han hecho coaliciones con organizaciones de tipo religioso u otros grupos comunitarios.

Aunque es demasiado pronto para valorar los resultados de estos esfuerzos, indican que los aún considerables recursos económicos y de personal de los sindicatos pueden contribuir a apoyar un movimiento de respuesta social amplia al enorme crecimiento de la desigualdad y del poder de las grandes empresas que, sin cesar, ha ido pisoteando gran parte de lo que los sindicatos habían conseguido en anteriores etapas históricas. Prometedoras chispas de actividad como las manifestaciones en pro de los derechos de los inmigrantes de 2006, y las protestas «Ocupad Wall Street» de 2011, iniciadas por una nueva generación de jóvenes activistas, han ganado considerable apoyo de los sindicatos. Como ha dicho Stephen Lerner (2011), del SEIU, «los sindicatos tienen el dinero, los miembros y la capacidad de organizar, construir y poner en marcha un movimiento que desafíe el poder de la élite empresarial... [pero ellos] deben permitir y procurar que otras organizaciones participen y movilicen a sus miembros... [en] una nueva oleada de acción directa y actividad de masas». Tal vez sea la contribución más importante que pueden hacer los sindicatos en la coyuntura actual, puesto que se enfrentan al reto de desarrollar nuevas formas de organización adaptadas a la mano de obra del siglo XXI.

Bibliografía

- BERNHARDT, A.; MILKMAN, R.; THEODORE, N.; HECKATHORN, D.; AUER, M.; DEFELI-
PPIS, J.; GONZALEZ, A.; NARRO, V.; PERELSHTEYN, J.; POLSON, D. y SPILLER, M.
(2009), *Broken Laws, Unprotected Workers: Violations of Employment
and Labor Laws in America's Cities*, National Employment Law Project,
UCLA Institute for Research on Labor and Employment, y University of
Illinois at Chicago, Center for Urban Economic Development.
- BOBO, K. (2009), *Wage Theft in America*, The New Press.
- DARK, T. (2001), *The Unions and The Democrats: An Enduring Alliance*,
Cornell University Press.
- FINE, J. (2006), *Worker Centers: Organizing Communities at the Edge of the
Dream*, Cornell University Press.
- FREEMAN, R. B. y ROGERS, J. (1999), *What Workers Want*, Cornell University
Press y Russell Sage Foundation.
- GORDON, J. (2005), *Suburban Sweatshops: The Fight for Immigrant Rights*,
Harvard University Press.
- HIRSCH, B. T. y MACPHERSON, D. A. (2011), *Union Membership and Earnings
Data Book*, Bureau of National Affairs.
- LERNER, S. (2011), «A New Insurgency Can Only Arise Outside the Progres-
sive and Labor Establishment», *New Labor Forum*, vol. 20, n.º 3, pp.
9-13.
- MILKMAN, R. (2006), *L.A. Story: Immigrant Workers and the Future of the
U.S. Labor Movement*, Russell Sage Foundation.
- MILKMAN, R.; BLOOM, J. y NARRO, V. (eds.) (2010), *Low Wage Worker Organi-
zing and Advocacy: The L.A. Model*, Cornell University Press.
- WESTERN, B. y ROSENFELD, J. (2011), «Unions, Norms and the Rise in U.S. Wage
Inequality», *American Sociological Review*, vol. 76, n.º 4, pp. 513-537.

Resumen: «¡El movimiento sindical estadounidense ha muerto! ¡Viva el movimiento sindical estadounidense!»

Este artículo explora el declive del movimiento laboral de EEUU en las últimas décadas y su reorganización actual, destacando la creciente divergencia entre la tasa de sindicalización en el sector privado, que había caído por debajo del 7% en 2010 –la cifra más baja desde principios de 1930– y la del sector público, que permanece estable en el 36% en 2010. Mientras tanto, la composición demográfica de la afiliación sindical ha cambiado drásticamente. Pues había estado compuesta predominantemente por varones no-universitarios blancos y la afiliación sindical hoy cuenta con casi tantas mujeres como hombres. Y los trabajadores con nivel universitario tienen una tasa de sindicalización más alta que cualquier otro grupo. Así mismo, los trabajadores negros tienen tasas de sindicalización más altas que los blancos, y los inmigrantes son tan propensos a ser miembros del sindicato como los trabajadores nacidos dentro de los EEUU. El artículo concluye con una breve discusión de las perspectivas de revitalización de los sindicatos en los próximos años.

Palabras clave: Sindicatos, Organizaciones obreras, Relaciones laborales en Estados Unidos, Cambios demográficos de la fuerza de trabajo, revitalización del movimiento obrero.

Abstract: «The U.S. labor movement is dead! Long live the U.S. labor movement!»

This article explores the decline of the U.S. labor movement in recent decades and its current disarray, highlighting the growing divergence between the unionization rate in the private sector, which had fallen below 7% by 2010 - the lowest figure since the early 1930s - and the more stable rate in the public sector, 36% in 2010. Meanwhile, the demographic composition of union membership has changed dramatically. Once predominantly comprised of non-college-educated white men, U.S. union membership today includes nearly as many women as men, and college-educated workers have a higher unionization rate than any other group. Black workers have a higher unionization rate than whites, and immigrants are nearly as likely to be union members as workers born inside the U.S. The article concludes with a brief discussion of the prospects for union revitalization in the coming years.

Key words: Trade unions, Organized labor, U.S. industrial relations, Workforce demographics, Immigrant organizing, Labor revitalization